

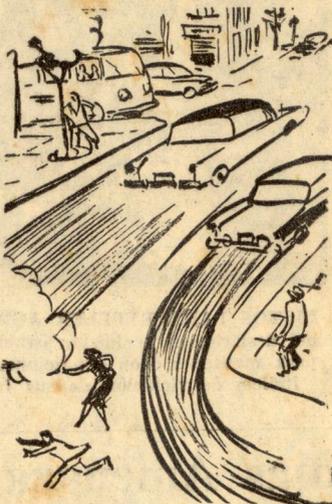
# Los Criminales del Tránsito

por Sebastián Salazar Bondy

En verdad, Lima debe ser una de las ciudades donde el tránsito urbano es más caótico y, por ende, más riesgoso. La autoridad respectiva ha resultado impotente para impedir que calles, avenidas y plazas sean aquí el reino de la prepotencia y la arbitrariedad de unos cuantos. A los infernales ruidos callejeros —especialmente de las bocinas, que ciertos sádicos manejan como una terrible arma psicológica— se añade el desorden en el desplazamiento, la burla de las disposiciones y reglas, la imposición de privilegios ante la vigilancia policial, la violencia y la agresión desatadas sin respeto a los demás. El tránsito es una imagen de la moral colectiva, del alma nacional, y no es ésta una afirmación apocalíptica, como podría parecer. Cualquier persona sensata que haya viajado a las horas de mayor congestión por el perímetro más agitado de la ciudad sabe que las pistas son escenarios de más de un caso demencial. Con licencia para conducir, circulan en Lima innumerables locos y desequilibrados, cuando no seres poseídos por un complejo de inferioridad, al que compensan o subliman haciendo privar su voluntad y su capricho. Las normas son para los tontos, los tímidos, los abúlicos, según el criterio del intolerante que tiene un timón entre las manos.

El fenómeno obedece a diversas razones. De un lado, incultura. Es inculto, aunque tenga instrucción secundaria, lleve cuello duro y terno de casimir inglés, el tipo que por ganar unos minutos se lanza como un rayo a través de los semáforos, amenazando la vida de sus semejantes. También hay crisis de la autoridad. El engreído que ante un pitazo policial fuga porque sabe que no pagará la papeleta puesto que es influyente, o el que espeta al guardián del orden la frasecita de "Yo soy esto y aquello, hijo de fulano o jefe de tal repartición", o el que amparado por el poder del dinero y el apellido insulta y hasta agrede a quien vigila la disciplina civil, es un disociador, pues rompe la organización de la sociedad e introduce, como un petardista cualquiera, la anarquía. Merece una pena tanto por la infracción que comete cuanto por su rebeldía. Existe, asimismo, incapacidad de parte de los técnicos a quienes corresponde regular este aspecto de la coexistencia social. Planes descabellados, que no nacen de un estudio meditado y completo, reemplazan periódicamente a otros planes descabellados. A la postre, se sabe siempre que toda medida es provisional.

Los accidentes continúan produciéndose. Tal vez el secreto de todo radique, como viene sosteniendo en su tenaz campaña radial Benjamín Núñez Bravo, en que no se ha diferenciado



hasta ahora, en la nomenclatura y la calificación de los hechos, accidentes de tránsito y crímenes de tránsito. Muy distinto es aquel que choca por causa de una falla mecánica, un error en la conducción, una distracción o una circunstancia imprevisible y fortuita, que el que provoca la catástrofe porque cree que la luz roja no rige con su persona y su vehículo, porque le molesta que

la velocidad se limite a 45 kilómetros por hora o porque se considera un as del volante que tiene que sobrepasar, cueste lo que costare, a todos los aparentes competidores de la carrera urbana. Este último es un delincuente y contra él se están levantando en todo el mundo —Hoover, en los Estados Unidos, ha pedido sanciones drásticas para con él y sus desmanes— voces de protesta. Se trata de un tipo mental característico de nuestra época.

El cronista ha leído en alguna parte una anécdota del gran piloto argentino Juan Fangio. Yendo de paseo por una carretera, acompañado de su familia, y puesto, como es lógico, al volante, un pichiruchi con vocación de criminal de tránsito lo urgió a bocinazos para que acelerara, pues el auto del campeón mundial le impedía ir a mayor velocidad que la permitida por la ley. Fangio no aceleró. Alguien, que iba con él, le preguntó por qué no le daba una lección al impertinente. La respuesta es toda una sentencia: "Yo no pongo en peligro mi vida en un automóvil". El caos del tránsito limeño y los riesgos que entraña están determinados por la presencia de estas gentes que confunden la calle con una pista de pruebas automovilísticas. Los trofeos, como bien lo sabemos, son sangrientos.